

## Aserrín, aserrán, las ¿maderas? de San Juan

XAVERIO BALLESTER  
Universitat de València

En su benemérito recopilatorio de cantinelas infantiles Calvo Cantero & Pérez Fariñas (2003: 26) ofrecen el siguiente texto:

Aserrín, aserrán  
las maderas de San Juan,  
las del rey sierran bien,  
las de la reina también,  
las del duque, trúquele, trúquele,  
trúquele, tra.

Pero en la versión que al menos quien escribe siempre ha oído las *maderas* del segundo versete eran *campanas* y no había ninguna otra alusión a serrerías que las del enigmático y popular primer verso. Ciertamente la metáfora campanaria parece aquí más pertinente si tenemos en cuenta la funcionalidad y gestual concomitancia de la cancioncilla y que, como *ibidem* anotan Calvo y Pérez, consiste en esto:

Con el niño sobre las rodillas, le agarramos de las manos y le hacemos balanceo adelante y atrás con cada verso. En los dos últimos versos, según está abajo, le hacemos cosquillas debajo de la barbilla.

El balancear al infante —como una campana— es una actividad propia de algunas de estas prácticas infantiles por las que, amén de entretenerlo, se pretende aprenda a confiar en el adulto y a sentirse seguro en sus manos. De hecho, a continuación Calvo Cantero & Pérez Fariñas (2003: 27) citan otra cancioncilla cuya función —como recuerdan— es parecida a la anterior. El texto ofrecido reza:

Tris, tras, tris, tras,  
las campanas de Montalbán,  
unas vienen y otras van.  
Las que no tienen badajo  
van abajo, abajo, abajo.  
Las que tienen esquillilla  
van arriba, arriba, arriba.

Entonces, si lo realmente original son las campanas y no las maderas, ¿dónde quedaría todo aquel trabajo de carpintería y de dónde vendrían nuestros popularísimos

*aserrín* y *aserrán*? La hipótesis más sencilla es esta: del seseo. Pues el texto se ilumina si contamos con una seseante pronunciación para una inocua pero cabal secuencia:

Hace rin, hace ran  
la campana de San Juan.

De suerte que una vez por distorsión creado el *aserrín*, se habría procedido a naturalizarlo, y puesto que apenas la única conexión etimológica transparente era con el grupo de *sierra* y *aserrar*, se habría remotivado el texto siendo en buena medida incluso recreado.

La naturalización de formas opacas es —como hemos defendido en tantos lugares— un fenómeno comunísimo para los hablantes, ya que no hay mayor arbitrariedad que aquella de que el signo lingüístico es arbitrario. Los arbitrarios son a veces algunos lingüistas de salón. Antes bien, los hablantes rehúyen en sus lenguas, como y cuanto pueden, la falta de motivación, de relación o de transparencia, ya que la pura convencionalidad —que nunca arbitrariedad— es un factor totalmente antieconómico. Y esa naturalísima tendencia a etilogizar y motivar se manifiesta de las maneras más diversas. Veamos algunos ejemplos.

Aunque la etimología del topónimo prelatino toledano *Cantamora* no tiene, por supuesto, nada que ver con ninguna musulmana cantarina, la interpretación del término en clave de etimología latina ha dado lugar, como es fácil imaginar, a chocarreras leyendas. Después de que la antigua denominación latina de ‘camino ancho’ para *uia lata* dejó de entenderse, esta pasó a convertirse una *La Violada* en Almudévar, provincia de Huesca (Hernández Prieto 1993: 69), con pintorescas explicaciones *ad hoc* asimismo bien fáciles de conjeturar. Las alguna vez denominadas *etimologías populares* se dan, dice Bonfante (1986: 179),

con extrema frecuencia [...] mucho más de lo que suelen admitir los manuales de lingüística [...] frecuentemente despreciadas por parte de los lingüistas “ortodoxos” por *falsas*, al distorsionar la regularidad del “cambio fonético”, en realidad son bien reales, de algún modo mucho más reales que las etimologías de nuestros diccionarios.

Las hablas y los dialectos —que son las manifestaciones más puras y verdaderas de lo lingüístico y no esa abstracta enteleguía de las lenguas normativas u oficiales— suelen presentar abundantes naturalizaciones lingüísticas. Citemos a título ilustrativo estos otros siguientes ejemplos —mayormente divertidos y imaginativos, cual es la tónica de los fenómenos de caricatura lingüística— del habla tradicional de la comarca de Jalance, al sur de la provincia de Valencia, donde el ya olvidado mítico animal basilisco fue trocado por un histórico y también usualmente con malas pulgas berberisco en la expresión *ponerse hecho un berberisco* (Poveda Mora & Piera Alberola 1997: 260); las ya etimológicamente opacas *bresquillas* o *presquillas* fueron convertidas en refrescantes *fresquillas* (1997: 285); el grecolatino *Hermafrodita* (cfr. griego *Ἡρμαφρόδιτος*) dio un *manflorita* aplicado al cabrito hermafrodita o al hombre floripón (1997: 157); la *pez griega* devino *pedriega* (1997: 178) por su asociación a la dura *piedra* ya que se emplea para endurecer el jabón; si el *rossignol* gabacho se convirtió

en casi un caballere en el *rusiseñor* español, el jalancino lo degradó a un *ruinseñor* (1997: 209) o le devolvió, a la francesa, la motivación cromática inspirándose en el valenciano para un *rojiñón* (1997: 208); también el habla de Jalance hizo más culinaria la motivación para el ‘azafrán’ con *salsafrán* (1997: 213) y restituyó a la sanguijuela su antañona transparente relación con sangre (en latín *sanguis*) con *sangrisuela* (1997: 214).

Los procesos de naturalización son, además y lógicamente, harto comunes en los contactos con otras lenguas donde en principio todo el material lingüístico es opaco —convención pura— y está inmotivado para el hablante externo, en tal circunstancia ocurre con alguna frecuencia que los hablantes hagan suyo lo ajeno dándole una motivación dentro de su ámbito lingüístico patrimonial y lo hagan a veces por el mero pero cómodo expediente de la adaptación fonológica. Aunque a menudo los resultados sean grotescos y absurdos, estos son preferidos para el hablante ya que mnemotécnicamente son más económicos. *Cuernavaca* representa cómo quisieron oír los españoles el nombre indígena de *Cuauhnahuac* ‘junto a la arboleda’, donde, por lo tanto, no había cuestión alguna ni de ‘cuernos’ ni de ‘vacas’. Peor parada salió la ciudad flamenca de *Brugge* ‘puentes’ que, bajo la francesa inspiración de *Bruges*, acabó convertida en *Brujas* para bravíos españoles. A su vez los franceses convirtieron un baile regional inglés o *countrydance* en una absurda ‘contradanza’ o *contredanse* y unas italianas ‘manzanas de moros’ o *pomi dei Mori* en unas ‘manzanas de amor’ o *pommes d’amour* (Bonfante 1986: 179). Algunos ingleses, por su parte, convirtieron el espárrago latino (*asparagus*) en una ‘hierba de gorrión’ o *sparrow-grass*, muy a pesar de que el espárrago ni es una hierba ni tiene relación especial con el gorrión (Bonfante 1986: 178s), pero mientras que *asparagus* no remite claramente a ningún lexema usual en inglés, las miembros *sparrow* y *grass* lo hacen a formas bien conocidas, con lo que su almacenamiento en la memoria es más sencillo. Para algunos castizos el inglés *e-mail* se está convirtiendo en un *emilio* antes que un *correo electrónico*. Básicamente, pues, en sus contactos aloglóticos, las lenguas copian (*imeil*), calcan (*correo electrónico*) o caricaturizan (*emilio*), y las tres operaciones tienen su parte económica y su parte dispendiosa.

Así pues, es bien plausible que, una vez convertido por mor de una pronunciación seseante un antiguo *hase[n] rin[g]* en un caricaturesco pero ya poco translúcido *aserrín*, se procediera a motivarlo modificando el texto de una canción, donde, con todo, como en las letras de nuestra infancia, quizá aún sea posible recuperar el eco de lejanas y prístinas campanas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BONFANTE, G. (1986): *Scritti scelti di Giuliano Bonfante. I Metodologia e indoeuropeo*. Renato Genre cur. Turín: Edizioni dell’Orso.
- CALVO CANTERO, R. & R. PÉREZ FARIÑAS: *Pinto, pinto, gorgorito (Retahílas, juegos y cuentos infantiles antiguos)*. Madrid: Ediciones Sammer, 2003<sup>2</sup>.

- HERNÁNDEZ PRIETO, M. A. (1993): "Burtina, Bortinae". *Tabula Imperii Romani. Hoja K-30: Madrid: Caesaraugusta-Clunia*. Madrid: Instituto Geográfico Nacional, 1993, 69.
- POVEDA MORA, J. V. & S. PIERA ALBEROLA (1997): "A tranchas marranchas". *El habla tradicional de Jalance*. Valencia: Ayuntamiento de Jalance - Diputación de Valencia.